

11 de julio de 2024 -- Solemnidad de San Benito

Prov. 2,1-9; Col 3, 12-17; Mateo 19,27-29

Homilía

Estas palabras de Jesús son la conclusión del relato evangélico sobre un joven rico que vino a preguntarle qué debía hacer para heredar la vida eterna. Sabemos cómo Jesús le había invitado a vender todas sus posesiones para seguirle, y luego cómo, incapaz de resignarse a hacerlo, el joven se había marchado triste. Jesús aprovechó la oportunidad para hacer algunos comentarios desconcertantes sobre el uso de la riqueza. Entonces Pedro le preguntó a Jesús: "*Lo hemos dejado todo para seguirte; ¿y nosotros?*" En su respuesta, Jesús promete que compartirán la vida eterna.

La frase vida eterna abre la historia y la cierra. Al principio, el joven pregunta a Jesús: "*¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?*" y al final, en su respuesta a Pedro, Jesús dice: "Vosotros... tendréis parte en la vida eterna.

San Benito, a quien celebramos hoy, imagina, en el Prólogo de su Regla, un escenario en el que Dios, buscando a su obrero entre la multitud de gente, dice: "*¿Quién es el hombre que ama la vida y desea días felices?*" Y al final del capítulo 72 sobre el buen celo, que es el testamento espiritual de Benito, invita a los monjes a no preferir nada a Cristo, para que nos lleve a todos juntos a la vida eterna. Toda la Regla es así concebida por Benito como una guía para los que desean la vida.

Hoy, como en la época de Benito, y a lo largo de los catorce siglos que nos separan de él, la única razón para venir y quedarse en el monasterio es vivir plenamente. Esta plenitud de vida se encuentra en un profundo apego a la persona de Cristo; y presupone un desprendimiento de todo lo que no es Él. Este desprendimiento nunca se logra perfectamente, obviamente, y siempre hay que rehacerlo. En la medida en que vivamos este apego a Cristo y este desprendimiento de todo lo que no es Cristo en profundidad, seremos capaces de vivir en profunda comunión no sólo con los hermanos y hermanas que nos rodean, con los que caminamos en comunidad de amor y de compartir, sino también con todos aquellos por los que Jesús de Nazaret vivió y murió.

Benito vivió en el siglo VI, cuando el Imperio Romano de Occidente se desmoronaba bajo las invasiones bárbaras. Su encuentro con Totila, relatado por San Gregorio, es un poderoso símbolo del

encuentro del antiguo espíritu del cristianismo, representado por Benito, con la bullente vitalidad de los nuevos pueblos, representada por Atila.

Estos fueron los inicios de Europa. En el largo proceso de unión de estos nuevos pueblos, primero en el Imperio de Carlomagno, y luego a lo largo de la turbulenta historia de la cristiandad medieval, los monasterios que vivían según la Regla de San Benito desempeñaron un papel vital. Pero en la época de las grandes revoluciones, la idea de "nación", con todo su orgullo y deseo de hegemonía, rompió esta Europa medieval y se desarrolló una Europa conquistadora y colonizadora. Entonces, la tragedia de las dos guerras mundiales la llamó a la humildad.

Las trágicas consecuencias de las tensiones entre los nuevos Estados-Naciones llevaron a algunos grandes políticos, como Adenauer, De Gasperi y Schuman, a menudo inspirados por el pensador Jean Monnet, a desarrollar la idea de una nueva Europa como comunidad.

Pablo VI, que durante un tiempo había acariciado el sueño de una vida monástica (como nos recordó en una audiencia durante uno de nuestros Capítulos Generales), y que había sido diplomático antes de ser Papa, fue muy sensible a esta aspiración a una comunidad europea, y ésta es obviamente una de las razones por las que nombró a San Benito patrón de Europa. La Regla que Benito escribió para las comunidades monásticas es, de hecho, igualmente válida en su inspiración fundamental para cualquier forma de comunidad, incluida una comunidad de naciones y pueblos.

Lo que llama la atención cuando se observa la gran tradición benedictina en su conjunto es que se trata de un espíritu que, al final, es bastante independiente de las estructuras en las que se encarna en cada época y contexto cultural concreto. Benito reunió una pequeña comunidad en Subiaco, luego fundó un pequeño monasterio en Monte Cassino, y una docena de otros pequeños monasterios en los alrededores. En los siglos siguientes todos estos monasterios -incluido el de Monte Cassino- fueron destruidos y todas estas comunidades se dispersaron. Pero el espíritu permaneció vivo y varias pequeñas comunidades renacieron y se mantuvieron en Italia hasta la refundación de Monte Cassino y la época del Papa San Gregorio, que dio al espíritu benedictino un gran impulso misionero. Hubo grandes movimientos de renovación como el de Cluny en el siglo XI y el de Cîteaux en el siglo XII. Europa se cubrió de grandes abadías, a menudo con cientos de monjes, la mayoría de las cuales desaparecieron tras unos siglos de existencia. Y, sin embargo, el espíritu que se había manifestado en la Regla de San Benito siguió manteniéndose y transmitiéndose, de generación en generación, de siglo en siglo, a

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

través de pequeñas comunidades, en su mayoría frágiles y precarias, sin gran reputación ni fanfarria a su alrededor.

Hoy en día, Europa está de nuevo amenazada de colapso por la subordinación de todos los valores al dinero. En su encíclica *Laudato si*, el Papa Francisco deplora cómo asistimos hoy a una "financiarización" de la vida humana, es decir, a la subordinación de la vida política y social a los imperativos de las finanzas.

Al final de la Vida de San Benito, contada por San Gregorio, Benito tiene una visión. ¿Qué es lo que ve? Ve el mundo entero reunido en un solo rayo de luz. Cuanto más se ha acercado a Dios a través de la contemplación, más se ha hecho capaz de ver todo con los ojos de Dios; y así percibir en todo, no lo que es oscuro y sombrío, sino todo lo que es luminoso. Se podría establecer un paralelismo con un pasaje del Testamento del Beato Christian de Chergé, que aspira a poner sus ojos en los de Dios para ver a Sus hijos del Islam como Él los ve.

Que este mismo espíritu dé a nuestro mundo de hoy una apertura cada vez mayor a los valores del compartir, de comunión y de paz, que son expresiones temporales de esa vida eterna traída por Jesús y prometida a sus discípulos.

Armand VEILLEUX